

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

¿HA CAMBIADO MÉXICO?

“¿Crees que México ha cambiado?”. Esta es la pregunta que con más frecuencia me formulan mis amigos. Su reiteración obedece al ansia de que el cambio —el cambio para bien, es claro— exista realmente. Y mi respuesta (la respuesta de un *metoikos*, de un extranjero residente y reincidente) no puede ser sino parcial y provisional; así lo determina, amén de la prudencia, la complejidad mexicana, hecha de contrastes y contradicciones acaso sólo comparables, en América Latina, a los del Brasil. Por otra parte, y como suele ocurrir en estas cuestiones para desesperación de los implicados directos, el “cambio” parece apostar más a la *longue durée* que a mañana o pasado mañana. Para colmo, los vientos de la historia soplan ahora en una dirección que quisiera aniquilar, o al menos relegar, a los criterios clásicos digamos humanistas o liberales. Así, los nuevos profetas —los economistas, los tecnócratas, los políticos de cuño reciente— nos aseguran que el “cambio” debe llevarse a cabo primero y sobre todo en el orden de la infraestructura económica y organizativa en que se articula una nación (el Estado, la iniciativa privada, el libre mercado) y no, como aprendimos en nuestros textos canónicos, a través del desarrollo y la expansión de la racionalidad intelectual y de unas ideas que, poco a poco y trabajosamente, terminaban por afincarse en, y adueñarse de, el cuerpo social. Es una vuelta de tuerca que desconcierta, como si de pronto nos quedáramos inermes, huérfanos de nuestras herramientas de interpretación habituales. Que tal concepción se abra paso en una instancia en la que, por ejemplo, el análisis sociológico redescubre y revaloriza la importancia de lo que ha dado en llamarse las “mentalidades” es quizás una ironía más de la historia. ¿O es otra prueba de que, como descubrió Hannah Arendt, los hombres de acción y los hombres de reflexión recorren caminos paralelos que nunca convergen?

Lo curioso, frente a este cuadro de pragmatismo rampante, es que si algún

cambio vislumbré en México fue, precisamente, en el campo de las ideas. Me explico. El vislumbre lo tuve en la presentación que organizó *Vuelta* del *Mea Cuba* de Guillermo Cabrera Infante en el Centro Cultural de San Ángel. Allí se reunieron, para hablar del libro y de su autor, tres personas muy vinculadas a la revista (Alejandro Rossi, Enrique Krauze, José de la Colina) más Nedda G. de Anhalt y Carlos Monsiváis. El acto, corrompido al comienzo por una amenaza de bomba (y las amenazas, cabe recordarse, corren el albur de convertirse en perversa realidad), fue sin embargo higiénico y, moralmente hablando, ejemplar. En estos tiempos marcados por el desplome de las ideologías agresivas, por las traiciones de los intelectuales a la búsqueda de la verdad y por las políticas impuestas desde arriba, ese acto resultó ser, respectiva y simultáneamente, una manifestación de repudio ideológico profundo al régimen de Fidel Castro, una reivindicación de la figura del escritor como francotirador solitario/solidario y, *last but not least*, un reclamo en favor de que, de una vez por todas, se dé voz —y se la sepa, en su momento, escuchar— a esa traída y llevada entelequia que, al menos en gran parte de nuestro continente, es tan sólo un fantasma: la sociedad civil. La reunión ilustró, justamente, un espíritu *civilizado*, tan imprescindible cuando se quiere construir y fomentar un horizonte democrático que concilie los opuestos. La numerosísima audiencia que concurrió y su propia composición heterogénea (desde los que aprobaban a los que desaprobaban, con o sin ruido, con o sin tino, pasando por quienes pedían a gritos que corriera sangre hasta aquellos que guardaban la estricta compostura) fueron signos reveladores de que el debate abierto y plural, ventilado en la plaza pública, es una gimnasia que se debe fomentar para que haga escuela y se arraigue. El punto determinante resultó, en este sentido, la comparecencia de Monsiváis. Él, como se sabe, ha observado una posición político-ideológica que no coincide exactamente con la de

los organizadores del acto —aun cuando, y desde hace ya algún tiempo, su andadura intelectual se ha hecho, acaso por una ironía díscola que lo convierte en un ex-céntrico, mucho más personal y más cuestionadora de los lugares comunes y las medias verdades del zigzagante espectro de la “progresía” vernácula y foránea. Monsiváis ha decidido no ser un cómplice. Fue, entonces, un rasgo de fraternidad intelectual que *Vuelta* lo haya invitado a participar y fue un gesto de entereza moral que él haya aceptado asistir. Anfitriones y huésped cumplieron así con las reglas de la tolerancia y la convivencia que son inherentes al ejercicio democrático. Uno suspira, aliviado y contento, ante estos comportamientos, y sospecha que quizá algo ha “cambiado” en México, al menos en el México —seamos francos— que nos concierne; la legitimidad intelectual, por ejemplo, ya no parece embretada en feudos particulares. Quedan rémoras de las viejas mañas, por supuesto, y son muy graves. La reacción de la prensa, por caso, fue decepcionante por su pobreza expositiva, su pereza conceptual y su afán por azuzar —todavía— los demonios del encono ideológico. Lo que escriben los gacetilleros está cosido por una convicción compartida y desalentadora: la de que los lectores somos, irremediablemente, unos hombres de pantalón corto. (Abro un paréntesis y aclaro que, en ese desconcierto, *La Jornada* tuvo una actitud que el enaltece: publicó, en su primera plana, los textos de Krauze y Monsiváis.) Por otro lado, fue triste, y sin duda sintomático, comprobar la ausencia de representantes de la cultura oficial en una convocatoria formulada por una revista que acaba de otorgarle a México una nueva distinción internacional. ¿No se enteraron? ¿No quisieron enterarse?

Tengo que añadir algo más. La ponencia de Monsiváis demostró no sólo que es un lector atentísimo de Cabrera Infante —primer requisito sin el cual todo lo demás carece de interés— sino que entrañó un acto de coraje al condenar sin atenuantes al régimen cubano por

su mayor ignominia histórica: la de liquidar a la clase intelectual y, con ella, y por extensión, a la sociedad entera. El público de Monsiváis (ese público de resonancias izquierdizantes, anclado en la varipinta cultura urbana y asediado por respetables adhesiones sentimentales, un público que pertenece a esa clase media y a esa subclase estudiantil que son claves en un sistema democrático) debió quedar letraherido y en desazón por sus dichos y argumentaciones. Eso es lo bueno. Se trata de una manera —y de las más eficaces: la duda es el comienzo de la reflexión— de alentar, y disculpe-se que insista en ello, la emergencia de una sociedad civil que sea capaz de emplear su capacidad crítica. Esa sociedad civil de la que Alejandro Rossi supo ser un representante precioso al oponerse, como un caballero, al insulto que se le hizo a la única mujer de la mesa allí reunida. Son estas cosas, juiciosas, modestas, tan de sentido común, las que regeneran nuestra desfalleciente esperanza. Devuelvo la pregunta inicial: ¿Está cambiando México? O, quizás más propiamente, ¿estamos cambiando nosotros? □

DANUBIO TORRES FIERRO

MONSIEUR BORGES

"Con alguna evidente salvedad (Montaigne, Saint-Simon, Bloy), cabe afirmar que la literatura de Francia tiende a producirse en función de la historia de esa literatura." Así escribió Jorge Luis Borges sin saber que tan luego con él, un argentino de Buenos Aires, se confirmaría la sentencia. En efecto, Borges fue adoptado e incorporado por la literatura francesa a su propia historia desde los tempranos años cincuenta, y ahora, en 1993, esa literatura lo entroniza en la colección La Pléiade, su santuario nacional. Allí acaba de publicarse el primer tomo de sus *œuvres complètes* establecidas, presentadas y anotadas por Jean-Pierre Bernès (quien fuera agregado cultural de Francia en la Argentina) y traducciones de Pierre Bénichou. Podría ser ridículo si no resultara patético y hablara tan mal de los latinoamericanos: la primera versión definitiva de la obra del autor de *Ficciones* aparece en francés mientras nosotros continuamos lidiando, penosamente, con los descabados y erráticos volúmenes de Emecé o Alianza.

Prolongando el estupor y el bochorno, que han pasado a formar parte de nuestras reacciones habituales frente a las calamidades continentales, podríamos preguntar aquí, en México, dónde está la edición definitiva de Juan Rulfo, en un momento en que tanto se lo honra...

El júbilo de la prensa ha sido unánime hacia un autor que, curiosamente, aborrecía casi todo lo francés pero que, menos curiosamente, fue lanzado a la fama (a la fama internacional y a la nacional: los argentinos necesitan que las legitimidades les sean impuestas desde fuera) por Roger Caillois, un francés. En el número 1490 de *Le Nouvel Observateur*, Dominique Fernández, al comentar estas *œuvres complètes*, sostiene que en Borges se distinguen tres etapas: una primera, la de *Evaristo Carriego* y *Luna de enfrente*, "comprometida, al menos por una vez, con los problemas de su país"; una segunda, la que correspondería a *Historia universal de la infamia*, aún anclada en la realidad argentina, y una tercera, ya "clásica" (la de *Ficciones*, la de *El Aleph*), y decididamente contraria a cualquier arraigo de índole nacional, en la que el autor se convertirá "en el habitante de una biblioteca ideal, en el explorador infatigable de laberintos imaginarios". Es llamativa la obsesión de Fernández por reprochar a Borges su progresiva pérdida de interés por el pintoresquismo y el color local. Esa reconvencción lo lleva a emitir algunos juicios que, más que polémicos, resultan desafortunados por su inevitable reduccionismo. Escribe el crítico:

Aquellos que veneran a este escritor lo elogian por haber renunciado a todo populismo y neorromanticismo para elevarse a la quintaesencia de una prosa desencarnada. Sea; pero entre el primer y el segundo Borges, el empobrecimiento es tan manifiesto como la purificación.

Y, algo más adelante, sintetiza su hipótesis de esta manera:

A decir verdad, Borges es quizás menos interesante por su obra que por la obligación que plantea a cada uno de definir su propio credo literario. Pretender que la literatura no debe tener ningún contacto con la realidad es más una manera inteligente de provocar que un juicio a aceptar con la boca abierta. Roger Caillois

afirmaba, sabiamente, que la novela policial había nacido después de que Fouché creara en París a la policía moderna. Borges reprochó amargamente a su traductor francés ignorar que un texto literario no puede venir sino de otro texto literario; el género policial, según él, surgió entero de la cabeza de Edgar Poe. Todo el debate está ahí: entre una concepción del libro como puro texto, como objeto verbal, como artefacto intelectual, y una concepción menos formalista según la cual una obra no es solamente el espejo de otra obra (como lo pensaban Stendhal o Proust), sino el reflejo del mundo. Ante el barroquismo exangüe de ciertas páginas borgeanas, uno se dice que eliminar de la literatura todo lo que es escoria extraliteraria implica, tal vez, tapar el sol con un dedo.

Fernández es consciente de lo irrisorio de sus críticas. Al final de su artículo, en el penúltimo párrafo, se cura en salud y, sin renunciar a las pedradas, advierte lo que sigue:

Borges llevó a su campo a todos los que exultan de "modernidad". Y tuvo cuidado, también, de desacreditar de antemano todas las reservas que se le pueden hacer a sus libros. "Censurar y alabar son operaciones sentimentales que nada tienen que ver con la crítica": ese era el axioma de Pierre Ménard, el pseudo autor del "Quijote", de quien Borges elogia la costumbre de "propagar ideas exactamente contrarias a las que prefería". ¿Cómo discutir con un autor que se niega a tener la menor convicción y que, si uno toma en serio lo que parece querer decir, se ríe de la trampa que le ha tendido?

Ser Borges. No ser Borges. He ahí todo el asunto. □

DANUBIO TORRES FIERRO

EL SIMPOSIO DE CARLOS FUENTES

Medio centenar de veces se repitieron las palabras *generoso* y *generosidad* durante el simposio Presente y Futuro de la Literatura Mexicana, que a mediados de mayo tuvo lugar en Guadalajara. Desde Víctor Flores Olea, quien estuvo en la primera mesa, hasta Federico Reyes Heróles, último en el turno al micrófono, la mayoría de los más de treinta participantes empleó alguna de esas palabras para referirse a Carlos Fuentes. Tan

grande es esa generosidad, aseguró públicamente uno de los organizadores, que el autor de *La región más transparente* no aceptó el homenaje personal que en un principio le ofrecía la Universidad de Guadalajara, y en lugar de ese reconocimiento propuso la celebración de un simposio sobre literatura mexicana, en el que él podría participar. La generosidad de Fuentes —su “don peculiar”, según Héctor Aguilar Camín— había hecho posible, pues, la asistencia de una treintena de escritores, uno que otro cachirul y varios “invitados especiales” (convidados de piedra que en la mayoría de casos asistieron con todo y familia) para hablar y oír hablar de la hora actual y del porvenir de la literatura mexicana. Pero si de algo se habló menos fue precisamente de lo que el simposio anunciaba.

El nombre es lo de menos. Desde la publicación del programa del simposio fue claro que lo de la *literatura mexicana* no iba demasiado en serio y era apenas algo más que un pretexto para medio disimular un homenaje que en circunstancias normales no tenía por qué camuflarse. (Carlos Fuentes tiene sobrados merecimientos para ser sujeto de homenaje aun cuando se trate de la universidad más pobre del país alumno por alumno, como es el caso de la Universidad de Guadalajara.) Lo fundamental en el ánimo de los organizadores era Carlos Fuentes, con el que no había que escatimar atenciones, halagos, ni detenerse siquiera ante el riesgo de la obsesividad. Así, lo primero que se hizo fue montar la idea de que alrededor del homenajeado podían girar el presente y el porvenir de la literatura de este país. El acto llevó un título por demás significativo: “Presente y Futuro de la Literatura Mexicana: simposio presidido por Carlos Fuentes”.

Más de uno de los participantes comentó lo pretensioso, confuso, excedido y caprichoso del coloquio: se convoca a un grupo de narradores —salvo David Huerta, un par de críticos y los cachirules, todos los demás lo eran— para que hable de la literatura mexicana de ahora y de mañana; luego, del nutrido pelotón sólo dos o tres se refieren al tema de la reunión, aceptando aun el papel de augures que el encargo significaba; veintisiete de los treinta y tantos convocados se dedican a hablar de Carlos

Fuentes, y la mayoría de éstos destaca la generosidad del homenajeado.

La teatralidad como una de las bellas artes. Cuando Carlos Fuentes está frente al micrófono parece no haber lugar para las dudas. Todo en él irradia seguridad, convicción: el movimiento de las manos, las inflexiones de la voz, los breves silencios, las intempestivas aceleraciones del ritmo de su discurso, la forma como ve de reojo al público... Pero una vez pasado el vendaval de gestos y palabras, nombres, referencias varias, citas y menciones a propósito de todo, cuando comienzan a sedimentarse las ideas, el escucha, el espectador, tiene la sensación de que Fuentes es más persuasivo por el golpe escénico que por sus ideas y reflexiones. Habrá que esperar a leer, días después, el texto “Las formas de lo nuevo en la narrativa de hoy”, conferencia magistral con la que arrancó el simposio dedicado a Carlos Fuentes.

Las “formas de lo nuevo” que el autor de *Terra nostra* vislumbra en la narrativa de hoy no son demasiado novedosas. Se refirió a una idea muy repetida por él y por muchos otros antes que él: la muerte de las vanguardias que ha hecho que en el campo de las artes todo se haya vuelto provisional. Aventuró la hipótesis (que hemos leído antes en Enzensberger) de que los protagonistas del valiente mundo nuevo serán los inmigrantes, quienes cada vez irán ocupando un lugar más destacado en la narrativa por venir. Pero fuera de esto, el diagnóstico de las formas de lo nuevo se reduce a una extensa relación de narradores y pensadores contemporáneos, aderezada con algunas de sus muy conocidas ideas sobre la novela y sus alrededores. Y luego, con el mágico pegamento de su poderoso estilo oratorio y escénico, ligó a los Bernhard, Rushdie, Bajtin, Sarraute, Cisneros, Ishiguro, Goytiso, Naipaul, etcétera, con todos los participantes del simposio, para cada uno de los cuales tuvo una frase amable, una mención generosa.

La angostura de las letras mexicanas. Si un extranjero desinformado hubiera asistido al simposio Presente y Futuro de la Literatura Mexicana, confiado en lo que anunciaba y con la esperanza de tener un diagnóstico del estado actual de salud de las letras mexicanas y de sus expectativas para los próximos años,

habría concluido seguramente que en nuestro país la poesía es un género en vías de extinción; que algo parecido ocurre con el ensayo y el teatro, pues apenas si se les menciona en un coloquio sobre literatura mexicana; que ésta se encuentra en manos de los narradores, y que entre ellos Carlos Fuentes es algo así como un sol.

Pero el simposio no sólo fue engañoso y decepcionante como diagnóstico de la literatura mexicana, lo fue también en términos generales como oportunidad de ahondar y reflexionar en la obra de Carlos Fuentes. El propósito que pareció animar a la mayor parte de los que hablaron sobre el homenajeado no fue el de tratar de entender su obra y explicarla, sino halagar al autor que escuchaba, casi siempre impasible, desde la segunda fila. El caravaneó facilon tomó distintas formas. La desatada visión futurista o Fuentes después de Fuentes: en el año 2024 Elena Poniatowska imagina a un grupo de científicos, boquiabiertos ante la singularidad y la dimensión del cerebro de Carlos Fuentes, “aparentemente mayor de la de otros terrícolas”. La remembranza adolescente: en sus mocedades acapulqueñas Luis Zapata descubre, con la lectura de las novelas de Fuentes, mundos más ricos e intensos que los vividos hasta entonces. El juguete cómico: Dante Medina lenguajeando con dichos dicharachos, frases de Fuentes y lugares comunes. Edgardo Rodríguez Juliá declarando al homenajeado como el fundador de los modelos de la literatura que las nuevas generaciones escriben entre el río Bravo y la Tierra de Fuego: las novelas de Fuentes son “paradigmáticas para la nueva escritura latinoamericana”. Ángeles Mastretta y su florilegio anecdótico de Carlos Fuentes: escribe con un solo dedo, que ya tiene torcido; a nadie como a él le apasiona hablar de política; es la viva personificación de la generosidad... Dulce María Zúñiga y los insólitos símiles estéticos: Carlos Fuentes e Italo Calvino. El homenaje de Jorge G. Castañeda: Carlos Fuentes les dice sus verdades a los gringos en su cara.

Pero quien verdaderamente acabó con el cuadro fue Víctor Flores Olea. Hiperbólico, habló de Fuentes como de “uno de los más grandes ensayistas en lengua española de todos los tiempos”, para llamarlo en seguida “uno de los testimonios más altos de la cultura de los

tiempos modernos". Y a la hora de enumerar algunos de los servicios que el novelista le ha prestado a la patria, mencionó uno en el que ninguno lo alcanza: "ha tenido el mérito de colocarnos como nadie en la geografía de la cultura universal". El rosario de requiebros acabó con una frase que arrancó más de un sonrojo y no pocas sonrisas: "Carlos Fuentes es un monumento de oro".

Aunque poco abundantes, aparecieron también voces sensatas y equilibradas. Destacables, las dos intervenciones de Luis Rafael Sánchez. José Emilio Pacheco recordó lo que había significado en su tiempo la aparición de *La región más transparente* y lo que es hoy en día, 35 años después. Juan Villoro leyó un brillante ensayo sobre el estilo y la estética de Fuentes y su relación con la obra de algunos artistas visuales.

El tema real del simposio —tampoco el hipotético— no suscitó ningún desacuerdo; todo mundo aceptó en sana paz lo que los otros dijeron de Fuentes. La única discusión surgió por un asunto completamente distinto. A la manera de Calvino, Aguilar Camín, quien en la víspera había tenido un desencuentro con estudiantes de la UdeG, donde entre otras cosas había salido a la defensa del Pronasol, propuso para el milenio venidero la idea de una literatura profesional, lo que según él significa una literatura rentable y abundante: "Nada hay tan agradecible en el autor que uno ama como la abundancia", con lo cual quedaba más o menos claro que no estaba muy agradecido con Gorostiza, Rulfo, Sábines, Chumacero y otros que no entienden el oficio como trabajo a destajo. No tuvo que esperar mucho la réplica. Daniel Sada y José María Espinasa señalaron lo absurdo de la propuesta. Sada comentó que la única posibilidad de que el libro de poemas sea rentable es creando un mercado negro. Contraréplica no hubo porque el autor de la propuesta había tomado desde antes las de Villadiego.

Aunque el coloquio terminó con una fiesta en la que hubo hasta un mariachi con coreografías, pareció un parto de los montes: si no faltaron observaciones y comentarios inteligentes, prevalecía la sensación de que, fuera del texto de Juan Villoro y quizá algún otro, el simposio no había producido siquiera un buen ensayo sobre la obra del homenajeado. □

JUAN JOSÉ DOÑÁN

Vuelta publicará

Isaiah Berlin
Las metas de la filosofía

Daniel Bell
Las transformaciones actuales del capitalismo

François Furet
Sobre la desaparición de la URSS

Adam Michnick
La Primavera de Praga 25 años después

Fausto Zerón Medina
Entrevista con Jean Meyer

Joseph Brodsky
Democracia

Adolfo Castañón
Diario del Delta

Alejandro Rossi
Los días contados

Severo Sarduy
Epitafios

Guillermo Cabrera Infante, Juan Goytisolo, Jorge Edwards,
Eduardo Lizalde, Eduardo Milán, Jaime Moreno Villarreal
Homenaje a Severo Sarduy

Poemas de
Eduardo Mitre, María Fernanda Palacios,
Juan Antonio Masoliver Ródenas

Cuentos y relatos de
Guillermo Cabrera Infante, Javier Marías,
Álvaro Pombo, Francisco Hinojosa